

POUR L'EUROPE

de Robert Schuman

Robert SCHUMAN (1963): *Pour L'Europe*. Paris / Genève: Nagel, 2ª ed 1964. 214 pp.

Robert Schuman (1886-1963) entró en la política activa a partir de la I Guerra Mundial. Perteneció, por lo tanto, como Konrad Adenauer (1876-1967) con quien le unió una estrecha relación (de vital importancia para la evolución política de Europa en la década de los años 50), a la generación que no supo o no pudo evitar la II Guerra Mundial. Sin duda alguna, esto pesó gravemente a lo largo de sus vidas en sus decisiones y actos políticos, dando forma a un interesante ejemplo de lo que el historiador Koselleck ha estudiado como modos de experiencia¹.

Precisamente Robert Schuman admite, en el prólogo a *Pour l'Europe*, pertenecer a una generación que se sintió, tras la II Guerra Mundial, en una encrucijada de caminos². Como sus contemporáneos embarcados en la aventura europeísta, era consciente de que no estaban ante algo fácil; la Historia en eso se mostraba clara y sincera hasta el extremo, y no se llamaban a engaño.

El punto de partida de sus reflexiones para la creación de una unidad europea supranacional lo impuso, como se ha dicho, la guerra. Europa debía cambiar o, por el contrario, perecería. Se trataba de algo que Denis de Rougemont y toda su generación tenían muy claro, pero fue la generación anterior la que «construyó» Europa como respuesta a una imposición histórica ante la que no se echaron atrás y cuyo nudo acertaron a desmadejar con éxito.

Una de las voces de aquella tarea es la que puede escucharse leyendo *Pour l'Europe*, publicado en París el año de la muerte de su autor, y que constituye una síntesis de su pensamiento político sobre la unión de Europa, elaborada a partir de numerosos textos escritos por Robert Schuman a lo largo de su vida profesional, «témoins oubliés dans le feu de l'action quotidienne», que, en opinión del político francés, «ils n'ont permis de retracer le cours des événements à la lumière de l'expérience acquise»³.

Aunque entonces no se pensara siquiera en lo que hoy se ha conseguido ya, la unión de los países europeos era necesaria a finales de los años 40. No en vano, fue la indefensión en que la guerra dejó al continente lo que hizo inevitable pensar en nuevas formas de hacer política en aquel paisaje inédito para ellos:

Après deux guerres mondiales, nous avons fini par reconnaître que la meilleure garantie pour la nation ne réside plus dans son splendide isolement, ni dans sa force propre, quelle que soit sa puissance, mais dans la solidarité des nations qui sont guidées par un même Esprit et qui acceptent des tâches communes dans un intérêt commun⁴.

Y este esfuerzo común siempre estuvo presente en la mente de todos: «La guerre et ses destructions, comme la victoire libératrice, ont été oeuvre collective»⁵.

Su ideario ha de contextualizarse, inequívocamente, bajo la inspiración de los principios democráticos, para él arraigados en el cristianismo y ligados a él⁶ (a pesar de que «le christianisme n'est pas et ne doit pas être inféodé à un régime politique, être identifié avec une forme quelconque de gouvernement, fût-elle démocratique»⁷), así como de la solidaridad⁸ y de la cooperación internacionales.

Estamos ante una política a todas luces contraria a cualquier tipo de nacionalismo, si bien teniendo en cuenta que, en este pionero y cauto pero decidido europeísmo, la imagen que se tiene y se pretende dar de Europa no va contra los estados ni las fronteras («il ne s'agit pas de fusionner des États, de créer un super-État. Nos États européens sont une réalité historique; il serait psychologiquement impossible de les faire disparaître»⁹), tal vez porque, en el fondo, «nous avons besoin les uns des autres»¹⁰ en directa y clara consonancia con el espíritu y las creencias cristianas que Schuman confesaba.

Sin duda alguna es esto lo que le hace consciente de que a Europa la constituye la cultura, al tiempo que sabedor

de la necesidad de una progresiva educación en esta idea de una Europa distinta¹¹. Pues, más allá del mero concepto europeísta, y en un amplio sentido universal, deberán enseñarse «les causes profondes des antagonismes qui ont déchiré l'humanité; l'absurdité des sacrifices que tant de guerres dynastiques et idéologiques ont imposés aux peuples qui ont fait les frais des ambitions frivoles et du fanatisme»¹².

En este contexto, y enmarcando toda la futura acción de la nueva Europa que se pretendía, dos eran entonces los asuntos que requerían la mayor atención. Por un lado, la tradicional rivalidad entre Francia y Alemania, y por otro el escepticismo británico ante los asuntos continentales. Respecto a lo primero, Schuman se mostró claramente proclive a la reunificación alemana y sostuvo que tal acontecimiento no supondría peligro alguno para Francia (a pesar de las reticencias de muchos en Francia y Europa, e incluso fuera de ella), conocedor de que la edificación de Europa pasaba por la construcción de un firme eje franco-alemán basado en la confianza mutua¹³.

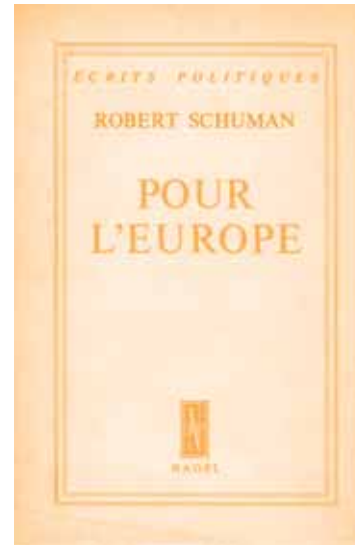
De este modo, refiriéndose a la Declaración del 9 de mayo de 1950 por la que se ponía en funcionamiento el luego denominado Plan Schuman¹⁴ y que suponía el inicio oficial de la creación de la CECA, manifiesta que: «À la traditionnelle rivalité et à la méfiance se substituerait ainsi une solidarité d'intérêts qui ferait disparaître les causes d'un antagonisme qui paraissait irrémédiable»¹⁵.

En cuanto a la postura británica, tampoco se engañaba Schuman:

L'Angleterre ressent un préjugé invincible contre les textes précis et rigides, qui font les délices des juristes continentaux; elle est, de même, par principe et en toute circonstance, hostile à toute intégration, dans le sens que nous y attachons, à toute structure fédérale¹⁶.

Evidentemente no eran (todavía hoy siguen sin serlo) diferencias fáciles de salvar, pese a que, en realidad, ideológicamente no fueran tan importantes¹⁷, pues se insertaban en dos culturas con una diferente orientación a lo largo de siglos (oceánica la una, y el interés británico en este sentido por mantener «su» Commonwealth¹⁸, era evidente; continental la otra) que no aparecían en los otros socios continentales. Para Schuman se trataba «d'une différence d'état d'esprit, d'éducation politique, de tradition nationale»¹⁹.

En cualquier caso, la colaboración francoalemana en el tema de dos materias primas esenciales para la industria, como eran el acero y el carbón, fue clave²⁰ y el esbozo de lo que podían dar de sí los proyectos posteriores de unión europea. Suponía, por otra parte, la consecuencia de creer en la idea de que la unión de Europa debía realizarse mediante una «coexistence qui ne soit pas un simple agglomérat de nations rivales, périodiquement hostiles, mais une communauté d'action librement concertée et organisée»²¹. Esta idea apuntaba, precisamente, hacia la de federación, concepto de especial significado para las generaciones de europeístas de la



primera mitad del siglo XX y, muy concretamente, la de los teóricos del europeísmo en la que habían bebido Schuman y sus coetáneos en la política europea²².

Será entonces, a estas alturas de la progresiva reflexión (y reconstrucción) intelectual que supone *Pour l'Europe*, cuando entre en escena el protagonista principal: la idea de una unión política de Europa para la que la incipiente, aunque esencial, unión económica no es sino un primer paso que demanda ya, de por sí, dicho elemento político²³. Se trataba de hacer realidad ya, como así se manifiesta explícitamente en la Declaración del 9 de mayo de 1950²⁴, una Federación europea que borrara para siempre, e hiciera irrepetible, la imagen de un territorio sembrado de cadáveres fruto de las guerras entre los propios europeos.

De todo este proceso intelectual que, al fin y al cabo, concluye donde todo empezó, es decir, en la gestación del «plan Schuman» o lo que es lo mismo, la citada Declaración del 9 de mayo de 1950, que abriría la puerta un año más tarde a la creación de la Comunidad Europea del Carbón y el Acero (CECA), es de lo que habla, en definitiva, *Pour l'Europe*. Aunque el libro no lleva a cabo una estructura cronológica de los acontecimientos, sí plasma en sus páginas los hechos fundamentales. Es denso, pese a su tamaño, y reiterativo en los aspectos esenciales pero sin que eso llegue a convertirse en demérito, sino todo lo contrario pues cada repetición de la idea principal aparece como conclusión a un nuevo argumento a su favor de lo que supuso la acción política de aquellos años.

En este sentido, resulta evidente que mucho del acontecer de la época se refleja tras las palabras de Schuman, incluso no sería justo ocultar que el contexto geopolítico, su urgencia evidente, ayudó a empujar el proyecto²⁵. La situación contribuyó, sin duda alguna, a generar la conciencia de la necesidad de una política común. Al fin y al cabo, la idea de Europa que Schuman, Adenauer, Monnet y los demás, defendían era la de una concepción europea siempre en beneficio de la paz mundial y teniendo en cuenta, expresamente, a los países subdesarrollados²⁶ (el Tercer Mundo gestado y excluido, precisamente, a la sombra de la Guerra Fría, no sólo

por lo económico, sino por la división política a que dio lugar la confrontación entre las superpotencias).

Cuenta Jean Monnet una anécdota de aquel trascendental 9 de mayo de 1950 que explica, en buena medida, lo que el europeísmo de Schuman (y del propio Monnet) tenía de apuesta de futuro:

Robert Schuman, que tenía prisa por tomar el tren de Londres, esquivó con tanta habilidad las preguntas precisas de los periodistas acerca del futuro de su plan que uno de ellos exclamó: «Entonces, ¿se trata de un salto en lo desconocido?» «Eso es», respondió con aplomo, «un salto en lo desconocido». Pocos eran los que podían medir la verdad de esta imagen.

No es de extrañar que el propio Schuman retomase tiempo después esta imagen en el relato de los acontecimientos de aquellos días: «À une époque où tout est en fermentation, il faut savoir oser»²⁷. De su atrevimiento proceden nuestras responsabilidades.

NOTAS

¹ Cf. Reinhart KOSELECK, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*. Trad. por Daniel Innerarity. Barcelona, Paidós, 2001, especialmente, pp. 43-92.

² «Toda comunidad constituida por la trayectoria vital, el azar o la organización ayuda a estabilizar las experiencias realizadas. Por eso, desde el punto de vista temporal, cabe hablar de unidades generacionales políticas y sociales cuyo rasgo común consiste en hacer, almacenar y regular experiencias únicas o repetidas, o padecer los mismos acontecimientos», Reinhart KOSELECK, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, op. cit., p. 52.

³ *Pour l'Europe*, p. 11. Todas las citas de Schuman pertenecen a esta obra en la edición señalada. A partir de ahora nos limitaremos a mencionar la página o páginas correspondientes.

⁴ *Pour l'Europe*, p. 30.

⁵ *Ibid.*, p. 43.

⁶ «Jamais avant le Christ pareilles idées n'avaient été formulées. La démocratie est ainsi liée au christianisme, doctrinalement et chronologiquement», *Pour l'Europe*, p. 57.

⁷ *Pour l'Europe*, p. 64. En este sentido, es de suma actualidad su idea de que «la démocratie se doit ainsi de définir ses relations avec l'Église», *ibid.* p. 72, y de que «la démocratie est une création continue; elle sait qu'elle est toujours perfectible», y no sólo eso, sino que «la mise en oeuvre de ce vaste programme d'une démocratie généralisée dans le sens chrétien du mot trouve son épanouissement dans la construction de l'Europe», *ibid.*, p. 77.

⁸ Suya es la frase: «La loi de la solidarité des peuples s'impose à la conscience contemporaine», *Pour l'Europe*, p. 38. Conviene resaltar, por su clarividencia y notable responsabilidad, que para Schuman el concepto de solidaridad era «la conviction que le véritable intérêt de chacun consiste à reconnaître et à accepter dans la pratique l'interdépendance de tous», *ibid.*, p. 47.

⁹ *Pour l'Europe*, p. 24. No existe intención alguna de corregir la Historia, dirá Schuman, ni dar lugar a una geografía «rationalisée et dirigée», sino, sencillamente, «c'est enlever aux frontières leur rigidité, je dirais —matiza y afina Schuman— leur intransigeante hostilité» (el subrayado es nuestro), *ibid.*, p. 33.

¹⁰ *Pour l'Europe*, p. 26.

¹¹ *Pour l'Europe*, p. 48.

¹² *Ibidem*, p. 50, y, en esta dirección, «la désintoxication des manuels d'histoire est une des premières nécessités», *ibid.*, p. 49.

¹³ *Pour l'Europe*, pp. 109-110.

¹⁴ De lo que tal declaración supuso y de la importancia de aquellos días ha dado una vivísima imagen Jean Monnet en sus memorias. Cf. Jean MONNET (1976), *Memorias*. Trad. por José M. Martínez García. Madrid, Siglo XXI, 1985, pp. 283 y ss.

¹⁵ *Pour l'Europe*, p. 107.

¹⁶ *Ibidem*, p. 115.

¹⁷ Sobre todo si se tiene en cuenta que «desde 1940 —ha escrito Timothy Garton Ash—, la política exterior británica no es sino una serie de notas a pie de página a Churchill. Los británicos aún conviven con las consecuencias de las decisiones estratégicas entre Estados Unidos y Europa que Churchill tomó. En sus discursos anticipó la mayoría de los dilemas aún vigentes en el país», Timothy GARTON ASH (2004), *Mundo libre. Europa y Estados Unidos ante la crisis de Occidente*. Trad. por Sara Barceló. Madrid, Tusquets, 2005, p. 53. Es más, aunque la postura de Churchill fue en un principio claramente proeuropea, hasta el punto de que a partir de 1945 «dedicó gran parte de su tiempo en la oposición a promover la causa de una Europa unida» (T. GARTON ASH, op. cit., p. 57), fue, sin embargo, su temor a contrariar a Estados Unidos lo que le hizo bascular en la balanza hacia el Atlántico en los últimos años de su vida y en la redacción de sus Memorias. «En eso reside, pues, —concluye Garton Ash— el legado churchilliano: un compromiso inequívoco con Estados Unidos y un compromiso ambiguo con Europa. Una acción conjunta basada en un lenguaje común, hacia un lado; y buenas palabras, en general no acompañadas por los hechos, hacia el otro», *ibidem*, p. 59.

¹⁸ De la que el propio Schuman llega a decir que «auquel elle tient comme à la prunelle de ses yeux, qui prime pour elle toute organisation internationale imaginable, n'est même pas une Confédération; il constitue cependant une réalité vivante et efficace», *Pour l'Europe*, p. 115.

¹⁹ *Pour l'Europe*, p. 117.

²⁰ «La riqueza conjunta era, en primer lugar, el carbón y el acero, cuyas cuencas naturales, inscritas en un triángulo geográfico cortado artificialmente por las fronteras históricas, Francia y Alemania compartían de forma desigual, pero complementaria. Estas fronteras, fruto del azar, se habían convertido en la era industrial, cuyo nacimiento coincidió con el de las doctrinas nacionalistas, en obstáculos para los intercambios, y más tarde en líneas de enfrentamiento. Los dos pueblos ya no se sentían seguros si no poseían en propiedad todos los recursos, es decir, todo el territorio. La rivalidad conducía a la guerra, que sólo arreglaba el problema por un tiempo, el necesario para preparar el desquite. Ahora bien, el carbón y el acero eran la clave a la vez del poderío económico y del arsenal donde se forjaban las armas de la guerra. Este doble poder les daba entonces un formidable significado simbólico ya olvidado, semejante al que reviste hoy en día la energía nuclear. Fusionarlos por encima de las fronteras sería privarlos de su prestigio maléfico, convirtiéndolos, por el contrario, en garantía de paz», Jean MONNET, *Memorias*, op. cit., p. 288.

²¹ *Pour l'Europe*, p. 125.

²² Cf. Denis DE ROUGEMONT (1961), *Tres milenios de Europa. La conciencia europea al través de los textos. De Hesiodo a nuestro tiempo*. Trad. por Fernando Vela. Madrid, Revista de Occidente, 1963, principalmente pp. 385 y ss.

²³ *Pour l'Europe*, p. 145.

²⁴ *Ibidem*, pp. 201 y ss.

²⁵ Son constantes las menciones de este asunto por parte de Schuman, cf., por ejemplo, *Pour l'Europe*, pp. 144-145 y 184 y ss. «La guerre froide spéculait sur la lassitude, comme effet d'une continuelle tension», llega a escribir al respecto, *ibidem*, p. 188. Aunque difícil de entender tal «prisa» para las generaciones de europeos de la segunda mitad del siglo XX, resulta paradójico cómo la gravedad del momento histórico que supuso en la Europa de principios de los 50 la Guerra Fría produjo un efecto positivo sobre la actividad del europeísmo directamente proporcional al del miedo general instaurado por el enfrentamiento entre las superpotencias. «¿Qué difícil es reconstruir hoy —escribiría Monnet un cuarto de siglo más tarde— esta psicosis de 1950, que los acontecimientos no confirmaron! (...). La guerra estaba ya en los ánimos y había que combatirla con las armas de la imaginación», Jean MONNET, *Memorias*, op. cit., pp. 284-285. El mismo obstáculo como germen de la conciencia europea en el siglo XX ha sido también resaltado en nuestro acercamiento a la obra del suizo Denis de Rougemont, cf. Fernando BENITO MARTÍN, «Vingt huit siècles d'Europe y Les chances de l'Europe, de Denis de Rougemont», *Pliegos de Yuste*, 3 (2005: 1), pp. 117-119.

²⁶ Cf. Schuman, op. cit., pp. 194 y 203.

²⁷ *Pour l'Europe*, p. 175.